



Palabra

Pervive el legado de Casaldáliga

Pere Casaldáliga habla como si sus 33 como obispo hubieran sido un día. O un camino de rosas. O una lucha inevitable desde los tiempos de los tiempos. Casaldáliga se ha enfrentado con tesón a su destino ineludible. Sobrevivió a ocho malarías. A decenas de amenazas de muerte. A cinco intentos de deportación. A un proceso del Vaticano. A un tiro que iba dirigido a él y que por error asesinó a su compañero João Bosco. “Todavía me acusan de radical. Lo que temo es que lo hayamos sido poco”, asegura el ex obispo mientras evoca el pasado en el patio de “la casa madre”, la acogedora vivienda que ahora comparte con el nuevo obispo, Leonardo Ulrich. Ahora está jubilado. Pero es un miembro más de la casa. Uno más en la lucha.

Dom Pedro, como le conocen los lugareños, aguantó. Ignorando el parkinson, la diabetes, la hipertensión. Desafiando a sus 67 años. Y a la insinuación del nuncio de que abandonase São Félix do Araguaia tras la llegada del nuevo obispo. Resistió. Dom Pedro siempre dijo que “preferiría morir de pie, como los árboles”. Y no hay vuelta atrás: su lugar en el mundo es São Félix do Araguaia, Mato Grosso, Brasil. No volvió a Catalunya ni cuando murió su madre. Y quiere ser enterrado en el cementerio de los indios karajás. “En él enterramos a los peones sin nombre, a los asesinados”, asegura Casaldáliga. Habla con la voz débil. Casi siempre en plural. Quitándose el protagonismo. “Fíjate que le han puesto mi nombre a un asentamiento de campesinos, Gleba Dom Pedro. Y sin avisarme”, explica. Casaldáliga asegura que “corren tiempos difíciles”. Advierte que la masacre indígena continúa. El medio ambiente es un naufragio. La política agraria de Lula, un fiasco. Pero, entonces, ¿valieron la pena tantos años de lucha? Medita. “Hemos despertado las conciencias. Los indígenas ahora saben que pueden luchar. Nuestro mayor acierto es haber publicado, y mucho. Nadie borrará nuestra palabra”.

São Félix ha crecido mucho. “Y sus problemas también”, susurra riendo. Ahora, de la prelatura dependen 15 municipios. En São Félix hay cooperativas de mujeres. Un centro cultural indígena. Centro médico. Sindicatos de trabajadores. Un centro comunitario en la prelatura. Más dinero. Pero para Casaldáliga, “el progreso es un arma de doble filo. Antes era más sencillo. O estabas de un lado, con el latifundio, o estabas en contra, con los campesinos. Ahora no sabes quién está de qué lado”.

Críticas y crisis

6.30 de la mañana. Tres hombres, en pleno desayuno a orillas del río Araguaia, critican sin piedad al viejo obispo. “Está anticuado, se opone al desarrollo”. Habla João Naves, un vendedor ambulante de cosméticos. João es de Minas Gerais. Llegó aquí atraído por la llamada del progreso. “La región necesita la soja y no alguien que defienda a los indígenas”, argumenta. En São Félix todavía se asusta a los niños con los indios: “¡que viene un karajá!”. Son los malos.

Son las 7.00. De camino a la gleba Dom Pedro, Raúl Vico, un cooperante catalán de 29 años que lleva tres en São

Félix, me explica la trampa del denominado agronegocio: “La soja no genera empleo, porque el proceso está mecanizado”. La carretera está llena de agujeros. En Mato Grosso hay 16.709 kilómetros de carreteras ilegales. Autovías *exportasoja*. Pero la red pública es pésima. A ambos lados, latifundios arruinados, improductivos. “Todo llega el jueves de Goiânia, nadie produce nada. El viernes, ya no quedan en el pueblo ni tomates”, me confiesa Raúl, que es el encargado de microcréditos de la Asociación de Educación y Asistencia Social Nuestra Señora de la Asunción (Ansa). Raúl, plena reencarnación de quienes están tomando el relevo de Casaldáliga, administra los créditos solidarios de Ansa. “Priorizamos los proyectos productivos, nada de comercio, para que la región vaya siendo autosuficiente”, explica mientras nuestro coche se hunde en el fango. Mato Grosso es así. Barro sobre barro. Para poco más de 100 kilómetros invertimos cinco horas.

En las 40.000 hectáreas de la gleba Dom Pedro viven 400 familias. Están aisladas. Y sin asistencia estatal. Los niños van a una escuela lejanísima. Siempre que llegue el autobús, claro. “No adelanta nada hacer una reforma agraria si luego no se ayuda a los campesinos”, me dijo Pere antes de salir.

El precio de la tierra

La reforma agraria está parada: no hay presupuesto para indemnizar a los latifundistas y repartir tierra. Y lo que es peor: muchos de los que consiguen su pedazo de tierra prometida desisten. “Venden la tierra, no tienen recursos, vuelven a la ciudad”, explica Abilio Vinicius, ingeniero agrónomo de la Comisión Pastoral de la Tierra (CPT), el ala progresista de la iglesia que Casaldáliga ayudó a fundar en 1975. Abilio ha venido para dar un curso de agricultura orgánica. “Les enseñamos a aumentar la producción con métodos naturales, para que no dependan de las multinacionales”, dice Waldo Silva, de la Asociación Tierra Viva.

La casa de Filismino es una escuela al aire libre. De los 30 campesinos que asisten al curso, alguno apenas sabe escribir su nombre. “Cada árbol que cortamos equivale a 13 ventiladores. Por eso hace más calor”, explica Abilio con sencillez. Marineli Nascimento, del grupo de mujeres de la CPT, asegura que lo principal es “incentivar la producción colectiva y las cooperativas”.

Raúl les explica cómo funciona la fábrica de pulpas de fruta de Ansa, que compra parte de la producción. Edson da Silva, por ejemplo, consiguió un crédito para plantar maracuyá. Y lo devolverá al vender a Ansa los 15.000 kilos de su producción.

Observando a los campesinos de Don Pedro, sus palabras parecen tomar un nuevo significado. Engullen comida de barro: *feijoadá*, pasta, arroz. Nada de carne. Rien. Felices en su miseria. Por la noche, dormimos en casas de madera, entre insectos, cacareos de gallinas y el eco de una voz inconfundible: “La vida de un campesino vale más que la de un obispo, porque su vida está más crucificada”.

Casaldáliga lo repite constantemente: “el latifundio es homicida, y floresticida”. Ahora le llaman agronegocio de exportación. “Con el latifundio nos desangramos”, asegura dom Pedro. Los da-

Campesinos de la gleba Dom Pedro, sirviéndose la comida en una de las casas del asentamiento

La máxima ilusión de Kuereti Karajá es ser como Ronaldo. Juega en el equipo de un cacique

Un campesino asiste a la despedida del obispo, en el centro comunitario de la Prelatura

de dom Pedro

dàliga, ex obispo de São Félix do Araguaia **Bernardo Gutiérrez**

tos de deforestación de Mato Grosso del 2004 han sido desastrosos: 10.400 kilómetros cuadrados, el 48,1% de la cifra total de la Amazonia. El agronegocio ha devorado la selva sin piedad. Mientras, el gobernador Blário Borges Maggi se consolida como el mayor exportador de soja del mundo. "Treinta años después, el mundo se da cuenta de que teníamos razón", asegura Félix Valenzuela, padre agustino madrileño que llegó hace 35 años a Brasil. Es el presidente de Ansa, asociación que nació de la prelatura, y lleva 18 años junta a Casaldàliga.

Violencia y miseria

"Pero los latifundistas siguen contrariando pistoleros, asesinando impunemente", afirma Maria José Souza, responsable de derechos humanos de la prelatura. En Brasil, desde 1985 hasta 2004, se registraron 1.349 asesinatos en el campo. Campesinos, padres y activistas sociales. Sólo 75 fueron juzgados. Apenas 15 personas fueron condenadas. "El único empleo del agronegocio es trabajo esclavo", asegura Maria José. En lo que va de año, el Ministerio de Trabajo ha liberado 1.600 esclavos en Mato Grosso, un récord histórico. Casaldàliga lleva 35 años denunciando la esclavitud.

Las calles de São Félix do Araguaia están llenas de las huellas de dom Pedro. Por ejemplo, hay carteles educativos y ecológicos, algo impensable en Brasil: "El Araguaia merece un respeto, no tires basura en su lecho". Otros de agradecimiento: "¡Dom Pedro, la lucha continúa!". En la prelatura se respira entusiasmo. "Aquí hemos trabajado juntos clérigos, laicos, marxistas. Sin sectarismos". Habla José Pontim, encargado de las finanzas de la prelatura. Aterrizó en 1972. Y llegó a ser alcalde entre 1983 y 1988. "Pusimos en marcha el presupuesto participativo e invertimos mucho en educación", asegura. En ese clima de sinergia de Ayuntamiento y prelatura fueron naciendo organizaciones rurales, cooperativas.

El centro comunitario es el gran orgullo del equipo de Casaldàliga. "Acogemos a todos por igual, ya sea un encuentro indígena, educativo o religioso", afirma Paolo Gabriel López, otro padre agustino español que ya lleva en Brasil 30 años. Paolo Gabriel, fiel escudero de Pere Casaldàliga, afirma que todavía hoy "suplimos a un estado casi invisible". Reconoce, eso sí, que la visibilidad internacional de Casaldàliga ha ayudado. La prelatura recibe dinero de Manos Unidas, de la Generalitat de Catalunya, de la Fundación Alfonso Comín y del Principado de Asturias, entre otros organismos.

La secretaria de Salud del Ayuntamiento, Levimar Payva Amorim, señala que los frutos de la obra de Dom Pedro están a la vista: "Nos hizo apasionarnos por los pobres. Ahora, gracias a su ejemplo, el 36% del presupuesto municipal es para salud, cuando la ley obliga sólo a un 15%".

Pero lo más importante para Paolo Gabriel es que "la lucha no se quedó en una denuncia profética". De esta región surgió la CPT y el Consejo Indigenista Misionario (CIMI), la institución más activa por la causa indígena. Y la sociedad, acorralada por un "sistema feudal", como lo define Casaldàliga, tomó poco a poco la iniciativa.

La Federación de Trabajadores de

la Agricultura (Fetagri) es otro ejemplo del legado de dom Pedro. Manoel Ferreira, su presidente, me recibe en su sede, donde imparten un curso de medicina ayurvédica.

La asociación fue ilegal hasta 1984. "El coraje de Casaldàliga fue vital. Pero todavía recibimos amenazas de muerte", asegura Manoel con resignación. Me confiesa que los propietarios de la hacienda Bordon le intentan sobornar: "Las tierras de la Bordon son nuestras, sólo que el Incra no nos entrega los papeles". Se refiere al Instituto de la Colonización y Reforma Agraria (Incra). En São Félix le llaman *incraencado* (significa algo así como en continua bronca). El conflicto de los indios xavantes es la mayor metáfora del infierno matogrossense. El Gobierno reconoció en 1998 co-

Tuinaki Koixaru tiene 16 años. Vende souvenirs (figuras de barro, cuencos) en una tienda situada en el Centro Cultural Karajá/Tapinaré, a orillas del Araguaia. Ella es karajá. Pero ya vive en la ciudad, solamente "vuelve de vez en cuando a Santa Isabel".

Corazón karajá

Una piragua enclenque, cubierta de mariposas amarillas, me lleva hasta allí, a Santa Isabel, la aldea más próxima al progreso que tanto teme Casaldàliga. Me acompaña Franklin Machado, de la Fundación Nacional de Salud (Funasa). Santa Isabel está en la isla del Banaal, la isla fluvial mayor del mundo. En ella viven 3.000 indios karajá y javaé. "El problema es que pertenece al estado de Tocantins. Están lejísimos de su

domingo contra el Santa Teresinha.

En el centro de salud de la aldea no hay ningún médico. "Viene tres veces al mes", explica Ijesseberi Karajá, enfermera. En su casa, Maluaré, el curandero tradicional, se compadece de sí mismo: "Nadie quiere aprender mis conocimientos". Ni las curas medicinales ni las espirituales. La aspirina gana por goleada al chamán.

Una piragua nos lleva de *carona* (autostop) a São Félix. La brisa del río susurra que Casaldàliga tomó la opción correcta. Que salvó del naufragio a muchos pueblos. Aunque habrían hecho falta muchos Casaldàligas. Miles. Tal vez millones.

En el horizonte aparece São Félix, la cruz donde el catalán fue nombrado obispo en 1971 y sustituyó la mitra y el báculo por un sombrero de paja y un remo *de pau brasil* de los indios tapirapés. Fue un gesto, como dice, contra "una iglesia que había olvidado a los pobres". O, como diría su diácono, Félix Valenzuela, contra "el geriátrico del Vaticano". La prelatura ha estado a veces más cerca de la Nicaragua sandinista que del resto de obispos de Mato Grosso. Aunque casi todos vinieron el pasado 1 de mayo a la última misa de Casaldàliga. Casi todos con la estética vaticana tan extranjera en São Félix.

Paseando por el cementerio karajás de São Félix, sus palabras se enredan en el aire: "De Catalunya ya sólo me queda una nostalgia etérea". También flotan suspendidas las preguntas: ¿Y por qué no vuelve? Con el Araguaia tras las cruces, escurriéndose entre un verde intenso, las piedras sagradas de los karajás parecen reflejar el jeroglífico que Casaldàliga responde cuando le preguntan si no tiene *saudade*, ese recuerdo melancólico tan luso. "La *saudade* es lo que queda de lo que no quedó".

Pere Casaldàliga lo repite: "el latifundio es homicida y floresticida"

mo tierra xavante 168.000 hectáreas. Los indios, al regresar, se encontraron a 750 familias que habían fundado un nuevo distrito en sus tierras, Estrela de Araguaia.

Casaldàliga casi estalló cuando un día le llamó el presidente de la Fundación Nacional del Indio (Funai) para autofelicitarlo. "Le dije que no sirve de nada declarar una reserva indígena en el papel. Que hay que garantizarla en la tierra", afirma el ex obispo. Casi rompieron relaciones. Los xavantes continuaban en pie de guerra. Y en los telediaros siguen pareciendo los malos: desalmados emplumados intentado quitar tierras a familias de bien.

capital, Palmas", explica Machado. Pero para los indios no existe Mato Grosso ni Tocantins. Su nación es el Araguaia. Para Casaldàliga tampoco. "Siempre les atendió por igual, les incluyó", afirma.

En la aldea, indios jóvenes hablan por teléfono móvil. Alguna parabólica sale del techo de las cabañas de paja. El cacique Ieraro entrena al equipo de fútbol. Para la foto, se quita una gorra del Banco de Brasil. "Hay muchas dificultades. Pero intento motivar a los jóvenes", afirma Ieraro. Su discípulo Asaria Karajá confiesa en un pobre portugués que él quiere ser como Ronaldo. Están animados: ganarán el partido del



Dom Pedro se dirige a una niña, en el centro comunitario, durante la hora del almuerzo